

tregado a los revolucionarios el punto de San Francisco bajo la garantía de vida para él y sus compañeros de armas (pero) por fortuna, cuando lo había puesto en capilla, logró escapar aprovechando el alboroto que en la Acordada causó la repentina llegada de Victoria.

Y todavía más: "en la noche del mismo 3 de diciembre (1828), Zavala en persona, acompañado de mala gente, dirigióse a la casa del Magistrado de la Corte Suprema, D. Juan Raz Guzmán, a quien Zavala mismo disparó un tiro de pistola que hirió la mano de aquel magistrado, cuyo delito consistía en haber comenzado a instruir el proceso correspondiente contra el Gobernador del Estado de México. (Zavala)." ¹

Este describe algunos de aquellos horrores, diciendo:

"El Palacio estaba sin más guardias que las que Zavala había mandado poner; la ciudad en una espantosa soledad. El saqueo que principió a las diez de la mañana, había cesado por la noche; un silencio sepulcral reinaba en la vasta capital de México; en todo el Palacio no se veía otra persona que Victoria, a quien habían abandonado sus mismos domésticos. Muchos almacenes estaban abiertos, los efectos mercantiles en las calles, en las plazas; las puertas fracturadas. No se oía una sola voz, y sólo el sonido de las horas, que anunciaban la carrera del tiempo, interrumpía aquel profundo sueño en que parecían estar todos los mortales. ¡Qué noche! ¡qué terrible noche! La conferencia con el Presidente Victoria no produjo ningún resultado, y sólo se acordó que mandase citar diputados y senadores para continuar sus sesiones, como si nada hubiese ocurrido en la República..." ²

Alamán, por su parte, asegura que el saqueo del Parián se había debido también a Zavala y a Lobato, cuyo movimiento

¹ Olavarría y Ferrari. Loc. cit.

² Zavala. Op. cit. p. 102.

antes había fracasado, y que se había presentado en la Acordada para encabezar las operaciones militares.

Tres días duró aquella asonada en que el referido Lobato tuvo a su cuidado la Ciudadela, Zavala la Acordada y el Hospicio de Pobres y el Coronel D. Santiago García, Coronel del Batallón de Tres Villas, quedó encargado de penetrar hasta el centro de la Ciudad al mando de unas guerrillas.

Las tropas del Gobierno estuvieron defendiendo el lugar donde se reunía el Congreso, varios conventos y edificios, y fallecieron en la refriega el Coronel García, revolucionario, y el General de Brigada D. Gaspar López, que había estado sosteniendo al Gobierno.

Se tacha de débil a Victoria por haberse resuelto a ir hasta la Acordada a parlamentar con los rebeldes; pero es justo declarar que aquel acto suyo, junto con la ausencia de la Capital de los dos candidatos: Pedraza y Guerrero, puso fin a la contienda, y entonces el Congreso, cediendo una vez más a la fuerza, y posponiendo la ley a las conveniencias, declaró nula la elección de Pedraza, que a todas luces era legal, y designó Presidente de la República al caudillo de aquel movimiento armado, D. Vicente Guerrero, y Vicepresidente al General D. Anastasio Bustamante.

El General Guerrero entró a ocupar la Presidencia de la República el día 1.º de abril de 1829.

Veamos lo que entretanto ocurría en Veracruz y en Oaxaca.

Durante los dos primeros tercios del siglo XIX pocos espíritus tan inquietos existieron en México como el del General Don Antonio López de Santa-Anna.

En los primeros años de su vida militar, puesta al servicio de la Independencia, comenzó a dar muestras de su audacia y de su decisión, y muy joven todavía escaló los altos rangos del ejército. Ya hemos visto cómo la forma en que se había distinguido hubo de granjearle la admiración de Iturbide, y cómo aprovechando un puesto de confianza que el mismo Em-

perador le había confiado, fué una de las causas más eficientes para el derrumbamiento del Imperio y para la creación de la República.

Pero eran muchos los jefes que aspiraban a los primeros lugares, y esto sin duda influyó para que diera aquel primer paso en favor de un movimiento que podía encumbrarlo más y que después, en una serie de revoluciones, casi no interrumpidas, fuera a veces el hombre más odiado para convertirse poco más tarde en el ídolo de las masas, y en algo más todavía que eso, en el hombre a quien las clases directivas denigraban o aplaudían, según los intereses que repugnaban o defendían; habiendo logrado ser, después de Iturbide, o junto con Iturbide, el militar y el político más discutido en la historia de nuestra vida política y militar durante el siglo XIX.

No era posible, en consecuencia, que cuando surgió la dificultad respecto de la elección de Pedraza y Guerrero, Santa-Anna no tomara parte importantísima y activa en la controversia, como lo había hecho en otras, influyendo, quizá, con su participación, en el resultado de aquella lucha.

Santa-Anna era partidario, aunque no pertenecía a las logias *yorkinas*, de D. Vicente Guerrero, y por esto es que él se asoció al movimiento iniciado en favor de este jefe y se pronunció con las fuerzas que estaban a su mando en Jalapa; con ellas se hizo fuerte en Perote; declaró que no reconocía la elección hecha en favor del General D. Manuel Gómez Pedraza y que sólo abandonaría las armas cuando el General D. Vicente Guerrero entrara a hacerse cargo del Gobierno.

Como veremos después, en la campaña contra los Estados Unidos incurrió en una serie de errores políticos y militares que dieron el triunfo a los soldados del Norte, pero por aquellos días continuaba siendo, no sólo un hábil general, sino un astuto político, y aun cuando poco deben pesar en los espíritus las declaraciones de los políticos, es curioso, al menos,



Manuel Gómez Pedraza

reproducir los conceptos más salientes del manifiesto que sirvió a Santa-Anna para fundar su actitud y en el que decía:

“Parecía destruído el partido anti-nacional después de la jornada de Tulancingo, cuando en las elecciones de Presidente y Vicepresidente de la unión se presentó una nueva ocasión a los españoles y a sus viles partidarios. Un Ministro astuto e intrigante, que había ocupado en el partido escocés un lugar distinguido; que había vuelto las espaldas a estos mismos, cuando lo creyó útil a sus miras ambiciosas, y que había servido ardientemente al gobierno español, peleando contra los patriotas que sostenían la independencia, debía ser para los realistas un instrumento admirable para preparar una nueva revolución. En efecto, ninguno podía ofrecerles mayores garantías entre los que racionalmente podían ser presentados como candidatos para las altas magistraturas. D. Manuel Gómez Pedraza había prestado entre ellos solemnes juramentos; había sostenido la causa de su soberano; está relacionado con las clases privilegiadas, siempre inclinadas a una forma aristócrata;¹ nunca hizo servicios señalados a la patria, servicios que acreditasen un profundo sentimiento en favor de la independencia y libertad; por último, su carácter hipócrita y adusto lo hace más propio para la tiranía que para agente o magistrado de un gobierno democrático. A este punto se dirigieron, pues, los esfuerzos de los españoles y de sus adictos. Se emplearon los resortes más poderosos a efecto de sacarlo presidente. Ni el oro, ni la seducción, ni las amenazas, ni las ofertas, nada se omitió de cuanto pudiese triunfar del terrible rival que oponía la voz de la nación, el benemérito General D. Vicente Guerrero, a un hombre nuevo y desnudo de todo mérito, cual es Pedraza. Los patriotas temblaron por el resultado; se temía que muchos diputados corrompidos tuviesen

¹ “Santa Anna se hacía llamar más tarde *Alteza Serenísima*.”

bastante imprudencia para desoir la voz general pronunciada en favor del padre de los pueblos; pero jamás llegó a creerse que una mayoría de los congresos fuese bastante criminal para vender una representación augusta a viles intereses o a aparentes lisonjas.

“Mas había entre nosotros españoles, y su oro, y sus viles, satélites, y su influencia maligna penetraron hasta el santuario de las leyes, y los congresos de diez Estados, despreciando los clamores de los pueblos y las reiteradas representaciones de los patriotas, excluyeron al héroe del Sur.

“En este intervalo ha levantado su orgullosa cerviz la espantosa hidra de la tiranía. Los españoles insultan en la capital a los beneméritos mexicanos; la mayoría del senado, vendida a esa facción liberticida, persigue a los buenos patriotas con ofensa de la razón y desprecio de las leyes; la Cámara de diputados intimidada, subscribe decretos de proscripción, semejantes a los que llenan las páginas sangrientas de la anterior revolución; la capital ofrece un espectáculo melancólico de pavor y espanto, por el terror que inspiran esas medidas de tiranía, la desconfianza, el espionaje, las prisiones, el luto, el llanto son en el día la triste suerte de los mexicanos.

“En estas circunstancias, ¿cómo había yo de permanecer indiferente? ¿Cómo habría de ver a sangre fría convertida la República en una vasta inquisición, y mi patria libre hecha la herencia de los que jamás le hicieron otra cosa que males? ¿Y cuándo? ¿En qué circunstancias? Cuando sabemos que se prepara el antiguo opresor a invadir nuestras costas; cuando es notorio que los españoles trabajan dentro para dividirnos, para preparar triunfos a su monarca. Cuando un jefe imbécil tiene entregadas las riendas del gobierno al nuevo opresor de mis compatriotas. ¡No, mexicanos! Santa-Anna morirá antes que ser indiferente a tales desgracias, a tan grandes males en su patria. Uníos a mí como habéis hecho en otras ocasiones,

y corramos a sacar la República de la opresión que la aflige, de las desgracias que la amenazan.”

Santa-Anna buscó así los más negros colores para pintar el cuadro de horrores y miserias que convenía para justificar su actitud; y ya veremos con qué habilidad supo después salir del paso, demostrando su astucia política; pero desde luego es indispensable agregar que, desde el punto de vista militar fué más hábil que el General D. Manuel Rincón a quien el Gobierno había enviado para someter al rebelde, que, en varios de sus movimientos fué ayudado con gran eficacia por el entonces Capitán D. Mariano Arista.

Tras de varias peripecias, el General Rincón había logrado, sin embargo, sitiarse a Santa-Anna en Oaxaca, hasta donde se había retirado, y, como en aquellos días se hablaba ya por todas partes de la expedición que el gobierno español había intentado llevar contra la República, Santa-Anna, que había sido declarado “fuera de la ley,” encontró entonces la oportunidad no sólo de salir de la dificultad, sino de salir con honra, porque habiendo interceptado alguna correspondencia dirigida al General Rincón, en que se daba cuenta de la actitud del gobierno español, Santa-Anna y los jefes que lo acompañaban firmaron un acta en Oaxaca, el día 20 de abril de 1828, para hacer constar el hecho de haber interceptado aquella correspondencia y haberse convencido, tanto por ella como por las declaraciones del correo de que la proyectada invasión era real y de que tanto en Veracruz como en Campeche se hacían preparativos para resistir aquella invasión. En esa acta Santa-Anna y sus compañeros declararon que “. . . Estas noticias no pudieron menos que causar una sensación inexplicable en los mexicanos que componían la indicada junta. . . . El Ejército dividido,—agregaba el acta—exhausto el erario, las tropas a largas distancias, y en fin, matándonos hermanos con hermanos, son preludios tristes y funestos para la causa de la patria. La

situación que actualmente guarda el Ejército libertador, (designación adoptada por los hombres de Santa-Anna) y la circunstancia de haberse dicho que el día 5 del presente convenimos en tratados en el pueblo de San Juan del Estado, impelidos del temor, retardó mucho más de lo que debiera a los que están decididos a morir creyendo que así hacen el último servicio que deben a la tierra de los aztecas, donde por fortuna vieron la primera luz. Empero, como la patria, y no más que la patria, y la santa independencia y la federación son el norte de nuestras operaciones, nos avenimos a arrostrar por todo; y todo desoirlo por atender exclusivamente al objeto primordial. . . .” esto es, someterse para ir a combatir a las fuerzas que España enviaba a México a fin de reconquistarlo.

Los puntos que formaban la base de la sumisión eran: que toda la fuerza que tenía Santa-Anna a sus órdenes debía formar la división de vanguardia que marchara a batir las huestes españolas a Yucatán o a donde conviniera, como enemigas de la independencia nacional; que ningún Jefe, oficial o tropa sería separado bajo ningún pretexto, si no fuese en los momentos de obrar contra el enemigo, y siempre bajo las órdenes de Santa-Anna; que se sometían al fallo del próximo Congreso General, en la inteligencia de que si los encontraba culpables aceptarían las penas que les impusiera, y que un oficial de las tropas de Santa-Anna sería comisionado para entregar al Presidente de la República aquella acta, toda vez que, según Santa-Anna, “se tenían fundados motivos para creer que al Excelentísimo señor Presidente de la República se le ocultan negocios de la más alta importancia, y que sólo el señor Ministro de la Guerra (Gómez Pedraza) los despacha.”

Santa-Anna envió dicha acta al General Rincón con una comunicación en la que, en parte, le decía:

“Crítica es la situación que hoy guarda el ejército federal para poder acudir a la defensa de la independencia. Dividido

en opiniones, destrozado en mil pequeñas fracciones y situado a grandes distancias, es físicamente imposible ocuparlo en la defensa del país. Los españoles han de presentarnos fuerzas muy superiores al desembarque sobre nuestro territorio, y es muy sensible que por un hombre, y por los mismos que nos quieren robar nuestro precioso Dón, exponamos los sacrificios de tantos años y de tanta sangre derramada: ¿qué más desgracias queremos, señor General? ¿Cuál es por fin el término de una lucha fratricida, que arrastra consigo la ruina de innumerables familias? Si el autor de estos horrores (Gómez Pedraza) los hubiera presenciado, habría abjurado (sic) un puesto mal adquirido, salpicado con la sangre de centenares de víctimas que han servido a su vez a la causa de la libertad.”¹

Precipitados los acontecimientos de la capital, estando pronunciado el General Alvarez en Acapulco, el Coronel D. Juan José Codallos (hermano del General D. José Felipe del mismo apellido) en Querétaro y otros varios jefes en distintos lugares del país, todavía el Gobierno de Victoria encontró una nueva dificultad cuando el General Filisola, que había estado en México durante los sucesos de la Acordada se negó, lo mismo que lo hicieron los Generales Múzquiz y Quintanar, a obedecer al Gobierno del Centro, bajo la excusa de que este Gobierno no podía obrar con libertad por haber adquirido un verdadero triunfo los rebeldes de la Acordada, cuyos convenios bien pronto habían de ver adoptados por un gran número de jefes del Ejército.

* * *

En breve había de tener realización todavía un nuevo movimiento revolucionario. El General Guerrero, según nos refiere él mismo que fué el factor más importante para llevarlo al

¹ Castillo Negrete. Op. cit.

poder, Zavala, cuando se encontró "colocado en el puesto (la presidencia de la República), no conoció ni sus peligros, ni sus recursos, ni sus deberes, ni sus derechos. Sus resoluciones jamás eran efectos de la convicción ni el fruto de razonamientos meditados, sus actos eran, por decirlo así, ocasionales, de consiguiente no podían llevar consigo el sello de aquella firmeza, de aquella constancia que nace de la conciencia y sentimiento profundo que se tiene de la justicia o de la utilidad o conveniencia de sus providencias;"¹ aunque para aminorar estos cargos, Zavala agrega que "esta aserción tiene algunas excepciones que bastan para atribuir semejante conducta a otro principio que al de una alma incapaz de grandes acciones o a un espíritu imbécil. En aquellas graves cuestiones, dice el historiador, para expresar otros rasgos del carácter del campeón suriano, en que había fijado sus ideas y formado una opinión, era Guerrero firme, perseverante y aun obstinado. La causa de la Independencia, de la federación, el odio al gobierno monárquico, un respeto inviolable a la representación nacional, la expulsión de españoles del territorio de la República, la nivelación de las clases: ved aquí los principales e inmutables dogmas de su creencia política. Todos los que manifestaban tener una fuerte adhesión a este su pequeño código, merecían su confianza; y esto explicará el motivo de sus antipatías activas y pasivas; esto es, el origen del odio que le tenían y él tenía a las personas que opinaban de otro modo. De consiguiente, no medía las aptitudes, ni tenía cuenta de las conveniencias sociales para la elección de sus ministros y demás empleados."¹

Quién sabe si por esto, o simplemente movido por un espíritu ambicioso, el Vicepresidente Bustamante quiso escalar el primer puesto suplantando a Guerrero; pero desde luego la situa-

¹ Zavala. Op. cit. p.

² Zavala. Loc. cit.

ción general del país y la inhabilidad del Presidente deben haber sido un seguro factor para su éxito; porque todavía el amigo de este último, su paladín para elevarlo a la Presidencia, Zavala, confiesa una vez más... "que con la entrada del General D. Vicente Guerrero a la Presidencia, lejos de mejorarse el estado de las cosas, parecía que un genio malhechor insuflaba en los espíritus de las diferentes clases de la sociedad el descontento, cuyas causas se hubieran buscado inútilmente en actos de arbitrariedad o despotismo. Lejos de esto, si los vínculos sociales se relajaban más cada día; si la anarquía amenazaba el Estado, era porque la administración había pasado toda entera a manos del pueblo; era porque Guerrero no adoptaba un sistema fijo y combinado, como se lo propuso el que pudo salvarlo; era porque vacilaba en todas sus providencias, y desaprobaba al día siguiente lo que había resuelto el anterior; era también porque en el gabinete, no solamente no obraban de acuerdo sus Ministros, sino que se conjuraron contra el de hacienda (Zavala), cuya presencia les estorbaba; y era, por último, porque jamás la impunidad de los que atizaban la discordia fué tan escandalosamente permitida. Guerrero creía que con respetar las fórmulas federales, escribir diariamente a cuarenta o cincuenta personas cartas confidenciales, recibir con afabilidad a toda clase de gentes, dar entrada en el despacho a todo el que quería, y con la conciencia de su pureza de intención, conservaría su popularidad, contentaría al ejército, acallaría a los maldicientes y conseguiría consolidar un gobierno democrático. Ved aquí su grande error. Los oficiales que habían ascendido un grado en cada una de las anteriores revoluciones, no veían con mucho agrado el triunfo de una revolución absolutamente popular; los innumerables pretendientes a destinos públicos no podían ser satisfechos; muchas gentes sin oficio que habían cooperado a la conjuración de diciembre, se veían en la misma situación anterior; folletistas asalariados por el partido descontento, calumniaban sin pudor ni recato

a los que podían mantener con vigor las leyes y el orden público. Su imprudencia llegaba hasta negar el desembarco de los enemigos en las costas, cuando toda la República se preparaba a la defensa de la independencia amenazada. El Presidente se veía obligado a desmentir en sus proclamas dirigidas al pueblo, las aserciones de escritores asalariados por los españoles o sus partidarios. La Tesorería general se hallaba exhausta y sin medios de cubrir las más urgentes atenciones. . . .”¹

En aquellas condiciones, el General D. Anastasio Bustamante, que había sido nombrado por Guerrero General en Jefe de la División de Reserva de las fuerzas que habían ido a Veracruz a combatir la Segunda Invasión española, publicó el día 4 de diciembre de 1829 su plan en contra del gobierno. Las bases esenciales eran, como en todos los planes revolucionarios, suplantarlo al gobierno existente para apoderarse del mando, pero se aseguraba que el propósito era hacer cumplir la Constitución y las leyes; por esto es que el cuerpo de ejército que estaba a las órdenes de Bustamante aceptó la denominación de “Ejército Protector de la Constitución y de las Leyes.”²

No era fácil, sin embargo, que si las condiciones del gobierno de Guerrero eran tales como las describe Zavala, pudiera hacer frente a una revolución armada como la que encabezó Bustamante y que pronto fué tomando incremento a medida que nuevos jefes se iban adhiriendo al llamado plan de Jalapa.

Guerrero resolvió entonces ponerse al frente de las pocas fuerzas que se mantenían fieles; mas por su desgracia, lejos de acudir a Puebla donde aún le quedaban amigos para aumentar sus fuerzas, “parecía haberse propuesto huir de cuantos podían servirle de apoyo a su causa y a su partido, y au-

¹ Zavala. Loc. cit.

² En aquella conjuración tomó también parte importante el General D. José Antonio Facio, pues Zavala considerólo como su verdadero director.

mentar los embarazos de su posición haciéndola más difícil. No se puede concebir cuál sería su objeto al desamparar a México en tan críticas circunstancias. Mas en el caso de hacerlo, es claro que debió dirigirse al encuentro de los conjurados, levantar por actos de valor y energía el espíritu abatido de sus partidarios, e inspirar a las pocas tropas que le permanecían fieles, el respeto que causa un jefe que sabe defender su causa con dignidad.”¹

El Congreso nombró entonces para substituirlo provisionalmente al Lic. D. José María Bocanegra, toda vez que el Vicepresidente estaba levantado en armas; pero bien pronto en la misma capital, la guarnición y algunos oficiales a cuya cabeza se puso el General D. Luis Quintanar, se adhirieron al Plan de Jalapa y el día 22 de diciembre, a las doce de la noche avanzaron sobre el Palacio; los artilleros que guarnecían la Ciudadela arrestaron a su comandante D. Lucas Balderas que era uno de los partidarios de Guerrero, y dominada toda la ciudad por los rebeldes, sólo el Comandante General de México, D. Pedro Anaya, siguió sosteniéndose en el Palacio con unos treinta o cuarenta civiles.

A las seis de la mañana del día siguiente, Bocanegra y sus ministros Viezca y Moctezuma recibieron a los enviados de Quintanar, y una vez obtenida la rendición de Palacio, el General Quintanar quedó ejerciendo el Poder Ejecutivo en unión de D. Lucas Alamán y de D. Pedro Vélez.

Aun cuando no se presenciaron en aquella ocasión todos los horrores que se habían efectuado al ser saqueado el Parián, hubo, sin embargo, algunos asesinatos políticos; y aquí es de consignarse un noble rasgo del magistrado D. Juan Raz y Guzmán que justificó que no tenía rencores contra Zavala, pues fué, según declaración de éste quien más se empeñó por que Zavala quedara en libertad.

¹ Zavala. Op. cit.

La caída de la ciudad, como era natural, desconcertó aún más al General Guerrero, quien "acabó de perder el poco ánimo que le restaba, y se abandonó a la suerte. La inacción había sido el principio de su ruina y el terror que este suceso le inspiró, acabó de consumarla."¹

Guerrero abandonó la División que marchaba en defensa suya llevando a la cabeza al General D. Ignacio Mora; y cuando éste se dió cuenta de que Guerrero había desaparecido por la noche, seguido sólo del Coronel D. Francisco Victoria y de una pequeña escolta, dejando a su División "abandonada entre barrancas, rodeada por todas partes de cuerpos enemigos que se le aproximaban, sin un punto donde retirarse, se vió en la necesidad de adherirse al plan de los rebeldes, lo que verificó al día siguiente de la desaparición del General Guerrero. Este caudillo huyó precipitadamente, y se dice que luego que pasó el Río Mezcala, dijo al Coronel Victoria: *Ahora estamos seguros de nuestros enemigos.*"²

No todas, sin embargo, habían de ser defecciones e infidencias, pues, primero el General D. Miguel Barragán se había cubierto de gloria obteniendo con el cuerpo de ejército de su mando la rendición de Ulúa ocupado por los españoles, demostrando así que el ejército nacional sabía cumplir debidamente con los altos fines encomendados a todo ejército, o sea, la defensa de la dignidad y de la integridad nacional; y antes de la rebelión de Bustamante, los Generales Santa-Anna y Manuel Mier y Terán, seguidos en la empresa por toda la oficialidad que estaba a sus órdenes, obligaron a capitular a las huestes hispanas que al mando de Barradas habían intentado imponer de nuevo la dominación de España sobre nuestro territorio.

Esta expedición salió de la Habana en el mes de julio de

¹ Zavala. Op. cit. p. 165.

² Zavala. Op. cit. p. 166.

1829, y el desembarco de las fuerzas enemigas que contaban tres mil quinientos hombres, se efectuó en Cabo Rojo, a doce leguas de Tampico el Viejo.

Santa-Anna que como hemos visto, antes del triunfo de los rebeldes de la Acordada había pedido someterse al gobierno con sus fuerzas, a condición de ir a la vanguardia de quienes habían de combatir la invasión, obtuvo un triunfo completo para sus planes políticos cuando los sostenedores del plan de la Acordada vencieron a Victoria; y necesario es hacer justicia a Santa-Anna, pues, poseído de la misma disposición que manifestó cuando se hallaba sitiado, obtuvo ser nombrado General en Jefe de las fuerzas que habían de impedir la incursión de Barradas, y llevó por segundo Jefe al General D. Manuel de Mier y Terán que cooperó de modo importante a la obra realizada en aquella campaña por el General en Jefe.

Refiriéndose a esta lucha entre mexicanos y españoles están contestes los historiadores en alabar la energía, la habilidad, el valor y el ardimiento de que Santa-Anna dió muestra en aquella ocasión.

Apenas el desembarco de las fuerzas españolas se había verificado en Cabo Rojo con objeto de dirigirse a Tampico, cuando el General Barradas debe haberse convencido de que era muy distinto el espíritu con que iba a ser recibido en México de lo que se había supuesto. Barradas lanzó un manifiesto que fué acogido en forma desfavorable, porque los habitantes de la costa estaban muy lejos de anhelar unirse a los invasores.

Entretanto Santa-Anna, tras de haber impuesto algunos préstamos forzosos, se apoderó de los buques mercantes existentes en Veracruz, embarcó a su infantería que no alcanzaba sino a dos mil hombres poco más o menos y se dió a la mar con ella, después de haber ordenado a la caballería que se dirigiera hacia Tampico.

"El paso de Santa-Anna era temerario, dice un distinguido